

Giacomo Debenedetti (Biella, 25 de junio de 1901 - Roma, 20 de enero de 1967), profesor de literatura italiana en las universidades de Mesina y La Sapienza de Roma, desarrolló una interesante y personal labor como crítico literario caracterizada por la voluntad de alejarse de los postulados establecidos por B. Croce en favor de una visión del hecho literario más amplia que abarcara aspectos psicoanalíticos, sociológicos o antropológicos. Muestra de ello son los interesantes artículos recogidos en las tres series de sus *Saggi critici* (1929, 1945, 1959) o en *Intermezzo* (1963), así como sus escritos sobre Giovanni Verga (*Verga e il naturalismo*, 1976), Vittorio Alfieri (*Vocazione di Vittorio Alfieri*, 1977) o Giovanni Pascoli (*Pascoli: la rivoluzione inconsapevole*, 1979), estos últimos aparecidos en ediciones póstumas, como también su *Rileggere Proust e altri saggi proustiani* (1982) o *Quaderni di Montaigne* (1986).

Autor de una breve obra narrativa iniciada en 1926 con su primer libro de cuentos, *Amedeo e altri racconti*, merecen especial atención sus dos obras centradas en las persecuciones raciales en Italia durante la fase final de la II Guerra Mundial, *Otto ebrei* (1944) y *16 ottobre 1943* (1944). Con frecuencia publicadas de forma conjunta dada su brevedad, ambas conforman, en palabras de A. Moravia, una “cronaca al tempo stesso commossa ed esatta” de uno de los momentos más trágicos de la historia italiana del siglo XX, la deportación de los judíos romanos en la fase final de la guerra.

La corbeta “Claymore”, es el primer capítulo del texto *Otto ebrei*, traducido a partir de la edición de 2005 de Einaudi, que reúne ambos textos, *16 ottobre 1943* y *Otto ebrei*, con prólogo de Natalia Ginzburg.

La corbeta «Claymore», *Otto ebrei* (fragmento)

Roma, 24 de marzo de 1944. Se está manipulando la llamada «primera lista» para las Fosas Ardeatinas. Los alemanes, por su cuenta, ya han liberado diez rehenes. «Le dije a Carretta que borrara diez nombres. Al final de la lista estaban los nombres de ocho judíos. Pensamos que habían sido añadidos a última hora para alcanzar la cantidad de 50. Así que Carreta los ha borrado junto con otros nombres elegidos al azar».

Con estas palabras, según los resúmenes de los periódicos, se habría expresado, ante el Tribunal Superior de Justicia para el castigo de delitos fascistas, el señor Raffaele Alianello, comisario de la Seguridad Pública, «destacado» a propósito de un campo de concentración para que viniese a declarar como testigo en el proceso de Caruso.

Se sabe que el cerebro de los esbirros obedece a mecanismos muy elementales. En el ejercicio de las funciones propias, y sobre todo a los ojos de las víctimas, el esbirro puede aparecer diabólicamente ingenioso, invasivo, como un psicólogo. Qué juicios de excitada fantasía, qué cavilaciones satánicas, qué disposición y perspicacia de lector de almas, de radiólogo de las conciencias, qué capacidad de actor consumado para pasar de lo patético a lo sarcástico, de la bondad sincera y paterna a la ferocidad glacial. De no ser porque esta especie de nefasta inteligencia no le pertenece en absoluto, procede en efecto de una delegación doble. Una delegación, por decirlo de alguna manera, desde abajo: ya que la víctima, reducida a un estado de pasividad, proyecta sobre el carcelero la propia inteligencia amordazada, y se la atribuye; es la psicosis de la víctima, que toma cuerpo en la figura del esbirro y le regala todas sus fantasías morbosas, las figuraciones de las propias pesadillas, las sutilezas de las propias aprensiones. Y una delegación desde arriba: ya que aquella inteligencia, con la que el esbirro se siente objetivamente animado, no es sino una inducción que ha bajado sobre él por los brazos de un «Él» cualquiera inalcanzable. A Él se atreve apenas a aludir con un gesto indolente del pulgar, que indica hacia detrás de sus hombros hacia arriba; apenas se atreve a susurrar su nombre. El esbirro cree que se apoya en sus superiores, que a su vez creen que se apoyan en sus superiores, y así en adelante hasta el Superior. Y este Rey de la Cámara Oscura, este

Doctor Mabuse, haciendo que se pierda a través de la hilera la exacta noción de él, permite que se le suponga casi omnipotente, no punible en cuanto no punido, y capaz de procurar la impunidad. «Este es el arte de no darse a conocer», reflexionó el tirano Holofernes, en la Judith de Hebbel «de seguir siendo un misterio». Y es la gran regla para fundar las tiranías y el terror.

Esto se ha visto bien en Alemania, cuando los nazis se adueñaron del país. Los gregarios repetían su energía y cualquier otro recurso procedente de los jerarcas, que a su vez repetían lo que procedía de Hitler, que por su parte hablaba de un arcano cajón donde tenía guardado un plano económico-social para la regeneración del Reich. Rauschning nos ha desvelado que el cajón estaba vacío. En la base de toda tiranía, o terror, ese cajón está vacío. La inteligencia aparente y la capacidad de los ejecutores -perspicacia de policías o audacia de soldados- dependen de la fe en ese cajón.

Una vez abierto el cajón y visto que estaba vacío, incluso Alianello ha vuelto a caer en la sencillez originaria. Es probable que haya pensado: «No solo los señores del Tribunal Superior y los invitados están siguiendo el proceso de mi ex jefe Caruso, también la opinión pública de toda Italia y, en cierto sentido, la de todo el mundo. Cuántos ojos tenemos encima. Y la desgracia es que en estos días los negocios van mal: hoy es el campo de concentración, mañana quién sabe. Ánimo, intentemos hacer que estos ojos nos sean benévolo, intentemos impresionarlos favorablemente. Es difícil que se repita una situación como esta: sin embargo, es necesario dar en el blanco con el primer disparo, no hay tiempo que perder. Es preciso dar enseguida, dar con habilidad, entre líneas, la prueba probada, palmaria de que, mientras los malos colaboraban con los “nazifascistas”, nosotros, sin embargo, estábamos entre los buenos. Pero el problema, en el fondo, es simple. Lo que ayer era negro hoy se ha vuelto blanco, y viceversa. ¿Cuál era, en la tarjeta de identidad del fascismo, el rasgo más característico? ¿Cuáles eran las huellas digitales del fascismo? Diantre, la persecución de los judíos. ¿Cuál era, por tanto, el rasgo más incontrovertible del antifascismo? La protección de los judíos. Los fascistas, cuando los condenaban, se lamentaban: peor aún, castigaban el pietismo hacia los judíos. Intentamos mostrar que hemos sido pietistas, que hemos tenido este valor, y sin duda apareceremos inscritos, inscritos de oficio, sin sombra de polémica, en las filas del antifascismo. Venga, jovenzuelo, únete a los judíos, todo se aprovecha, incluso la carne sin bautizar. Muestra que has derribado, a favor de los judíos, la cueva preferencial de la benevolencia».

Habiendo terminado así su silencioso razonamiento, el testigo habla. Y, tras jurar decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad, pronuncia estas palabras, que precisamente confía en que estén a punto de convertirse en memorables: «De la primera lista de las Fosas Ardeatinas he anulado, en primer lugar, los nombres de ocho judíos». En su interior, Alianello se frota las manos: ha puesto, no en el muro, sino contra el muro, al Tribunal Superior, a los invitados, a la opinión pública de Italia y a la del mundo entero. El nimbo de sospechas y de prevenciones que le fastidiaba se va evaporando ahora, se va tiñendo ahora de un color dulce de nube rosada: una de esas nubecillas que parecen cisnes o querubines volando.

Salvar vidas humanas, y vidas inocentes, es un acto tal que ningún error o debilidad posterior puede impugnar su bondad. Pero ciertamente la declaración del testigo Alianello en el proceso del 20 de septiembre vuelve a fluir en el gesto del comisario Alianello durante la jornada del 24 de marzo y se superpone de modo, cuanto menos, ambiguo. Veamos la superposición desde la perspectiva de los judíos. El sentimiento que suscita es una mezcla compleja. Los judíos tienen la impresión de encontrarse a bordo de la Claymore, la corbeta de la que habla Víctor Hugo en la novela *Novantatré*. Un marinero, por negligencia, la ha puesto en peligro de naufragar. Con un valor sobrehumano y con desprecio hacia la propia vida, el marinero se redime, salva la nave. El marqués de Lantenac lo condecora al valor, e inmediatamente después lo hace ajusticiar.

Ojalá hubiese habido, ojalá hubiese aún, Alianellos. Ojalá hubiesen sido más numerosos aquí, en Roma, donde se puede decir que no hay casa, no hay familia judía en la que, al regresar después de estos meses, no se tenga miedo de preguntar por los allegados más cercanos. Muchas veces ya nos hemos visto poner caras cerradas, severas, que se prohíben cualquier expresión por superflua, como si fuese desproporcionada a los acontecimientos: -Apresados, deportados esa mañana del 16 de octubre. No se ha sabido nada más. - Donde aún, en ese no haber sabido nada más, hay un intento de eufemismo piadoso, un desconfiado destello de esperanza, que intenta desmentir el presagio, el temor, quizá la certeza, más funestos. Ojalá hubiese habido Alianellos en Varsovia y en Lublin, en los andenes de donde partieron, y parten, los vagones sellados con plomo, furgones sin carga humana, solo con carne de tortura, gemidos y llanto; en las ciudades, donde en cualquier

calle señorial un poco apartada, edificios estúpidos, sordos, aparentemente sin finalidad, villas con las persianas bajadas, esconden en los sótanos las cámaras de tortura. Ojalá hubiese habido, ojalá hubiese ahora, donde el nazismo causa estragos. Benditos los Alianellos, y desgraciado aquel que se atreviese a quitar una sola coma de la gratitud que se merecen.

La mezcla de sentimientos de los judíos, frente a las autodefensas de los Alianellos, no quiere ni siquiera que se la reduzca a la reacción normal de quien, sin saberlo y sin que se haya jamás prestado a ello, se ve reducido a una de las dos cartas aunque sea a la favorable –al comodín– del «doble juego». Que es, desde luego, una manera de ser, y de sentirse una mano del juego... Este doble juego, aplaudidísimo en primera instancia y, como se dice, en caliente, lo van descalificando cada día de manera más adecuada. Por otra parte tiene el defecto de querer reintegrar subrepticamente con todos los honores, de hecho engalanado con un halo de mérito cívico, el método de la ambigüedad canallesca, de la actitud dividida y astuta, de el-fin-justifica-los-medios-. Precisamente cuando, con el Maquiavelo de Mussolini, a todos les parece que basta. El mundo tiene derecho por fin a sentirse limpio, mientras los héroes del doble juego trabajan para que vuelvan a encontrar, en sus propias bases, en su propio acto de renacer, un tipo de maniobra que no podía haber sido inventada en otro sitio más que en el carrusel de los corruptores-corruptos, donde la palabra de orden, el emblema era (pedimos disculpas) el «volver tontos».

Pero todo esto tiene que ver además con la costumbre general, responde al sentido común de civismo. Hemos dicho que queríamos mirar desde una específica perspectiva judía. Y descartamos también la otra hipótesis: que solo a un sobresalto del milenario, proverbial, indómito y perverso orgullo semítico se le pueda adscribir el malestar de deber algo a un Alianello, de ser puesto en tela de juicio con él, testigos en disculpa del testigo.

Desde hace algunos siglos los judíos son perseguidos por alguien terrible: mucho más peligroso por ser suscitado por un poeta excelso, que le ha infundido el mismísimo regalo de la eternidad. Y en él ha condensado antiguas y nuevas acusaciones del recelo antisemita: desde el del homicidio ritual, si se puede llamar así, hasta el de la avaricia usurera e inexorable. Se trata del personaje de Shylock (El Mercader de Venecia es retomado, en los últimos años del fascismo, por un astuto director de una compañía, hoy colaboracionista, para honrar con ilustres lisonjas la campaña racial). Se olvida fácilmente que Shylock actúa bajo el apremio del amor paterno traicionado, del honor y del instinto familiar quebrantados. Shylock, sin embargo, solo aparece como el judío, el mercader judío, que no atiende a razones; que pretende, exige, hace que se le pague la libra de carne viva extraída del cuerpo del deudor insolvente.

Ofendidos por esta denuncia secular, que todos los proscenios del mundo han propuesto incansablemente una y otra vez a la justa irritación de las plateas, que los estantes de las bibliotecas de todo el mundo vuelven a difundir a diario, ¿qué sentimiento pueden tener los judíos cuando les toca darse cuenta de que Shylock no es solo una injuria, sino una superchería: que demasiado a menudo les pasa precisamente a ellos ser las víctimas de nuevas encarnaciones e imprevistas variedades de Shylock? Y ahora, mientras en los países liberados para ellos sonríe la luz, ahora que cada mañana, al despertarse, se preguntan si el aire que respiran es precisamente aire de verdad de este mundo, he aquí que un nuevo Shylock aparece y, fuerte por la propia credibilidad, pide, no ya un trozo de carne viva, sino una complicidad pasiva en la demostración de la pureza, de él, Shylock, y su inmaculada fe antifascista. Si tuviesen la fantasía de bromear, los judíos se preguntarían: -¿Quién es, en el sentido injurioso de la palabra, en el sentido de la avaricia, quién es el verdadero judío?-.

Es probable que el caso de Alianello cuente solo por lo que vale. Pero es un síntoma. Y a la sensibilidad aún sin cicatrizar de los judíos le dice que la campaña racial no ha terminado. La persecución continúa. Sabemos la respuesta: esta es la hipersensibilidad morbosa, que hay que curar; es pedantería talmudística, es un gusto corrosivo por la paradoja, viejas enfermedades judaicas. Si fuese sensibilidad morbosa, es decir, señal de una mentalidad poco sociable, pediríamos perdón. Si puede aparecer la pedantería talmudística, respondemos que el pretexto de Alianello ni se mendiga ni se adultera por un deseo fatuo de casuistas: será un pretexto, pero para decir nuestras razones, para hablar claramente, a los que los fascistas llamaban «arios», y a nosotros mismos también. Que se trate de una paradoja, lo negamos, e intentaremos demostrarlo.

Traducción de Berta González Saavedra